

A lo lejos, con el postrer aliento del día que expira, el sol tiñe de rojo carmín el horizonte. En instantes la noche cubrirá con su luctuoso manto negro la pena del joven marino...

El bumerán

El joven descendía de la colina caminando como un autómata, sin prestar atención a los saludos de quienes cruzaba en el camino. Su pensamiento era un torbellino; mil ideas encontradas bullían en su cerebro, atormentándolo.

“¿Por qué lo hiciste, francés, por qué? –se preguntó por enésima vez-, ¿por qué arrojaste el bumerán?, y no una, sino dos veces”.

Llegó a la cabaña ubicada frente al mar, casi al borde del acantilado y entró precipitadamente.

Sentado a la mesa, se toma la cabeza con desesperación y comienza a beber balbuceando incoherencias; parece un loco.

Su mente repasó a un ritmo febril los hechos y cuanto más analizaba la situación, más increíble le parecía.

El francés, su mejor amigo, casi su padre, había fingido u olvidado el afecto que le profesaba.

¿Cómo pudo llegar a tal extremo?

Los recuerdos acuden en tropel, vívidos, golpeándolo con la fuerza de un terremoto: se ve niño, correteando por la playa, disfrutando de la amorosa compañía de su madre...

¡Su madre...! ¡Cómo lloró su muerte! Aún lo sigue haciendo. La perdió a los nueve años, cuando más falta le hacía y quedó solo con su padre, que desde entonces para él fue padre y madre.

Con la pequeña embarcación remolcaban barcos en emergencia, calafateaban naves de mediano porte, recogían perlas y cuando decaía el trabajo, salían a pescar. Vivían sin mayores lujos, pero nada les faltaba, logrando con su permanente esfuerzo todo lo necesario; jamás sufrieron estrecheces.

Un día, cuando tendría unos doce años, apareció un sujeto buscando trabajo; aunque fuese temporario. Dijo ser mariner y el tiempo lo confirmó. En realidad se trataba de un profesional experimentado, conocedor del oficio como pocos y

El joven, salió sonriente de su escondite; en la mano mostraba el frasco de comprimidos que el francés tomaba para su corazón enfermo. El horror latía en su mirada, temía la reacción de Rubén Darío. Compadecido al verlo sufrir, le arrojó el envase con los medicamentos. El francés tiró un manotón para asirlo; el frasco rebotó en su mano, fue rodando hasta una rejilla de desagüe y cayó al mar. El viejo marino se tiró al piso intentando recuperarlo, sacó la mano por la abertura, soltó un alarido espeluznante y quedó inmóvil. Inmóvil para siempre.

Dios hizo justicia...

-¿Por qué arrojaste el bumerán, francés, y no una, sino dos veces? ¡¿Por qué, francés, por qué?! ¿Por qué...? ¡Si yo te quería!

Se arrodilló sobre cubierta sollozando.

Al día siguiente, con los ojos llorosos, arrojó al mar el tesoro del Real Felipe. Ya había cobrado demasiadas vidas...

El Caribe navega lentamente de regreso.

inmóvil; entonces comprendió lo ocurrido, todavía faltaba el perno de la hélice. Cruzó la cubierta en dos zancadas y llegó hasta la radio.

-Mayday. Mayday. El Caribe en emergencia. El Caribe en emergencia. ¡Cambio! –se escucharon una serie de ruidos provenientes de la estática y extraños zumbidos, el viejo repitió el mensaje.

-Atento, El Caribe, aquí Z. P. 4 América, Guatemala, América. Barra Mari Móvil. Deme sus coordenadas. ¡Cambio!

-¡Q. S. L! Z. P. 4. A. G. A. Me encuentro en... –La explosión fue tremenda, el vaso de agua derramado dentro del equipo transmisor había dado sus frutos.

El viejo marino comenzó a gritar. Emitía sonidos guturales, frases deshilvanadas, sin ton ni son. Salió jadeante del cuarto, tomándose el pecho y gimoteando angustiado mientras buscaba algo con desesperación.

-¿Necesitas esto?

lo principal, un excelente ser humano, trabajador y digno de la mayor confianza.

Ese hombre, el francés, según se autodenominó, pasó a ser imprescindible. Lo que comenzó como una colaboración por pocos días se convirtió en una relación laboral permanente y una amistad indisoluble. Trabajaba sin descanso y con su intervención el negocio creció, tornándose mucho más rentable. Un par de años después llegaron a multiplicar por seis o siete los beneficios.

La vida transcurría plácidamente; los dos hombres, dos colosos más bien, ponían todas sus energías en las tareas diarias y especialmente enseñaban al joven Rubén los secretos de la profesión; este se fue fogueando en las duras y riesgosas faenas del oficio hasta convertirse, pese a su edad, en un auténtico lobo de mar.

A diferencia de los demás muchachos, vivía dedicado por entero al trabajo, bajando al pueblo muy de tarde en tarde. Tenía junto a él lo más importante; su padre y el francés, su

mejor amigo, consejero y compinche que, con ingenio y cariño, le contaba innumerables anécdotas de su vida, casi todas imaginarias, pero muy divertidas siempre.

El drama se desató de golpe.

Los hombres partieron un amanecer. Habían proyectado llegar hasta el archipiélago de Las Perlas para observar la evolución de algunos bancos de ostras que prometían una excelente cosecha. Como la distancia era considerable y la prospección lenta, tardarían varios días en regresar. Por tal motivo, Rubén se quedó en la cabaña; tenía trabajo atrasado, reparar una serie de redes y un magnífico arpón, regalo de un amigo.

Al despuntar el segundo día se encontraba sumido en sus quehaceres en la pequeña explanada frente a la casa, cuando escuchó la sirena. Quedó envarado, no cabían dudas; era el Goliat, la embarcación de su padre. Supuso que habrían olvidado algún elemento importante y regresaban a por él, ni remotamente hubiese imaginado lo ocurrido.

decreciente presión externa para no sufrir un daño de fatales consecuencias.

Llegó a la plataforma de apoyo, se despojó del traje y la escafandra y fue a la escala para ascender a cubierta. Al asomarse por la borda divisó al francés de espaldas en la banda opuesta. Provisto de un hacha, golpeaba enérgicamente para cortar el conducto que suministraba el oxígeno a la escafandra.

La luz se hizo en su cerebro. De pronto vio todo muy claro. La muerte de su padre, el silencio por años respecto al galeón, la expedición a solas, sin permitir colaboradores, todo.

Corrió agazapado por cubierta y entró en la sala de comunicaciones donde estaba el potente transmisor de radio, operó allí unos instantes y regresó, ocultándose tras el bote salvavidas.

El francés dio un último golpe y separó en dos el tubo. Riendo y cantando como un demente entró en la sala de máquinas y encendió el poderoso motor, dispuesto a poner en marcha al Caribe. El barco no se movió; aceleró y continuó

El joven, llevando algunas herramientas y un equipo de buceo liviano: patas de rana y un botellón de oxígeno con su correspondiente máscara, descendió por la escalerilla marinera que pendía de la banda de babor. Contorneó la embarcación y se dirigió a la plataforma de apoyo, suspendida con un cable de acero en el costado opuesto. Desde ella se zambulló bajo el barco para reponer el perno de la turbina. Tras varias tentativas infructuosas, desistió, el repuesto no se correspondía con la medida correcta; seguramente en la sala de máquinas estaba el original; lo cambiaría luego.

Manifestó al francés que descendía en procura de los últimos bultos, éste debía controlar el conducto de oxígeno y presurizar el traje. Miró sonriente cómo el cable del aparejo se tensaba, elevando el primero de los enormes baúles y poco después daba la señal a su compañero para izar el restante. Como era el último y más liviano, para no demorar se colgó del aparejo, disminuyendo la presurización del traje de buceo según se modificaba la profundidad; debía igualar la

Haciendo visera con la mano para proteger la vista del sol que recién asomaba, divisó a la nave entrando en la bahía.

En la popa se delineaba la figura del francés; le extrañó la ausencia de su padre, aparentemente no estaba a bordo. Esto le produjo desasosiego, tuvo la sensación de que algo andaba mal, él nunca abandonaría el barco así como así; debía tener una razón muy poderosa para abandonar el timón. Se le formó un nudo en el estómago. ¿Qué ocurría?

Lo sacó de su cavilación el francés, que agitaba los brazos y gritaba desaforadamente, pero la excesiva distancia y el fragor de las olas rompiendo contra el malecón le impedían entender palabra alguna.

Al acercarse la embarcación y ver el bulto cubierto por una lona el corazón le dio un vuelco. Preso de intensa agitación, con el pulso acelerado por la desesperación, en dos zancadas llegó hasta el muelle. El francés atracó, descendió de un salto y luego, con la angustia reflejada en los ojos, abrazó al

muchacho y señaló hacia cubierta. Bajo la lona estaba el cuerpo de su padre. Con palabras entrecortadas refirió lo sucedido.

-El conducto del oxígeno se agrietó, algo inusual, muy rara vez ocurre.

-¿Cómo...?

-Llevaba sumergido cierto tiempo y se interrumpió la comunicación, lo icé temiendo lo peor. Demasiado tarde, estaba muerto.

Como era menor de edad, el francés fue nombrado su albacea y quedó a cargo del muchacho y sus asuntos. Rubén Darío recibió una importante suma de dinero, proveniente del seguro de vida de su padre y con la anuencia del magistrado interviniente, adquirieron el Caribe, buque de mayor calado y tonelaje, provisto con modernos equipos de comunicaciones, muy importantes para la navegación en alta mar. Contaba también con un poderoso generador de electricidad y varios

de tantos seres humanos: aborígenes, esclavos, conquistadores, marinos, etc.

Durante toda la semana retiraron del Real Felipe una considerable cantidad de elementos valiosísimos, cofres repletos de joyas, estatuillas y piezas de plata, obras de magníficos orfebres, verdaderos artistas anónimos del Nuevo Mundo.

Estaban eufóricos, los tesoros del galeón superaban ampliamente en cantidad y calidad lo imaginado, ni en sueños hubiesen esperado encontrar algo semejante.

De la recámara rescataron algunos cofres colmados de piedras preciosas, quedando para la última jornada dos enormes arcones, que por su porte y peso deberían ser izados en forma individual. El muchacho no podría ni moverlos sin la ayuda del aparejo.

Madrugaron, dispuestos a encarar la etapa final; una vez recuperados los bultos mencionados, se retirarían.

ese momento se desplazaba hacia el otro extremo de la nave, huyendo del merodeador que osaba interrumpir su reposo.

Rescataron una serie de objetos, en su mayoría con más valor histórico que monetario. Desde el comienzo llamó la atención de Rubén Darío una puerta totalmente trabada. Sus esfuerzos resultaron vanos; no logró moverla siquiera. Supuso, por la ubicación, que sería el camarote del capitán, allí debían estar guardadas la mayoría de las riquezas transportadas.

Prepararon un fuerte expansor mecánico y con él, al fin, consiguió vencer la resistencia de la puerta, accediendo a lo que, evidentemente, constituía la recámara del capitán del buque.

Los ojos se le salieron de las órbitas ante el espectáculo que ofrecían varios arcones grandes colmados de oro y piedras preciosas.

El oro procedente de las minas de Potosí y Cochabamba. Sí, el oro, el codiciado metal que costara la vida

aparejos excelentes que dejaban bastante mal parados a los del Goliat.

En fin, el Caribe era un barco con todas las de la ley, estaban orgullosos de él.

Gracias a tan buenos elementos realizaban trabajos de mayor jerarquía, el navío anterior no les permitía navegar en aguas picadas, carecía de velocidad y era bastante menos confortable. Con ahínco, sin desperdiciar oportunidades, reunieron un importante capital. Serviría para superar los momentos difíciles que toda actividad, y más esa, suelen experimentar tarde o temprano.

El tiempo transcurrió sin mayores sobresaltos, excepto la enfermedad del francés que, tras una larga convalecencia, quedó imposibilitado de realizar grandes esfuerzos y, lo que más le dolió, trabajar sumergido; él, tan luego él, que según decía, había pasado la mitad de su vida bajo el agua.

Rubén Darío se formó en la escuela de la vida, ¡la mejor!, que siempre aporta experiencias valederas e

inapreciables. Esas ausentes de los libros, que muchas veces inclinan la balanza entre la vida y la muerte, decidiendo en situaciones críticas lo más conveniente y tal vez lo único.

Vivían simplemente, sin preocupaciones, con esa tranquilidad de espíritu de quienes gozan de un estado de gracia especial. El único desasosiego del joven era a causa del francés; paulatinamente se convirtió en un alcohólico. Trató por todos los medios de ayudarlo, pero no atendía razones. Tal era su conducta por aquellos días que en más de una ocasión debió rechazar trabajos muy convenientes para no dejarlo solo y una madrugada, para cumplir un compromiso laboral contraído, hasta lo cargó dormido, completamente borracho, y así pudo realizar el trabajo.

Cuando le decía algo al respecto se enardecía y por esa causa tuvieron más de un encontronazo. En los años de convivencia nunca discutieron y últimamente, por el alcohol, se trezaban a cada instante. El vaso desbordó cuando pasó algunos días sin volver a la cabaña. Por más que lo buscó,

Al día siguiente la resaca los dominaba por completo, para resarcirse del agotamiento pasaron la mañana inactivos. Al descender por la tarde, el joven ubicó al galeón de inmediato. No comprendía cómo habían pasado siglos sin que fuese descubierto. Se maravilló al apreciar la hermosura de sus líneas y el magnífico estado de conservación, considerando el tiempo transcurrido desde el naufragio. Lucía perfecto, parcialmente cubierto por sedimentos marinos, algas y colonias de diminutos organismos subacuáticos.

La luz algo difusa del sol le confería un aspecto sumamente llamativo, irreal, mágico. Ingresó por una amplia abertura, posiblemente causada por un cañonazo o la explosión del polvorín y comenzó a desplazarse por el interior, adoptando las máximas precauciones. De pronto lo sobresaltó un ruido proveniente de su izquierda; entrecerró los ojos para adaptarlos a la escasa iluminación y una amplia sonrisa iluminó su rostro. Allí, en las entrañas del navío, habitaba un enorme pulpo y en

filibusteros y como resultado de esa batalla podría haber alguno más en las inmediaciones.

Con enormes esfuerzos traspuso el sector ocupado por el navío pirata avistado la tarde anterior y entonces lo vio. El corazón le dio un brinco en el pecho, no podía creerlo. Tenía razón el francés. El galeón tan afanosamente buscado por varias generaciones de marinos y cazadores de tesoros, estaba allí, recostado sobre la banda de estribor.

Se comparó al ambicioso aventurero que invade y altera impunemente la paz de un legendario ser, un gigante mitológico entregado a su dulce sueño secular, allí, en el lugar más propicio; la mansa quietud de las profundidades oceánicas.

Esa noche festejaron con una comida especial, regada profusamente con excelente vino; café y abundante coñac, la bebida predilecta del francés. Totalmente ebrios; pusieron música, bailaron y cantaron hasta el amanecer; al acostarse estaban exhaustos.

incluso con la colaboración de varias patrullas, no lograron establecer su paradero.

Pasó una semana hasta que un amanecer apareció tirado en la costa, empapado y medio muerto por la prolongada exposición a bajísimas temperaturas.

Sufrió una afección pulmonar muy grave que lo tuvo hospitalizado dos semanas, salvando su vida de milagro.

Al regresar a la cabaña, prometió no beber más. Al principio respetó su palabra, mas pocos días después se descarriló por completo.

Ante ese estado de cosas, el muchacho acabó por dejarlo en paz, procurando, eso sí, vigilarlo en forma discreta para evitar que le ocurriese algún accidente.

Un día, con una descomunal borrachera, como no podía caminar, dos marineros amigos lo llevaron a la cabaña.

El joven veló su agitado reposo, temeroso por su corazón bastante maltrecho. En sus báquicos sueños, desvariaba, profería insultos, incoherencias y palabras

totalmente inconexas. Rubén intuyó que algo lo atormentaba; algo sumamente grave.

Con los cuidados de que era objeto y el reposo obligado establecido por el médico y rigurosamente controlado por el joven, se repuso. A partir de ahí, aprovechó cada descuido de su compañero para ir a beber.

Una noche, bajo una intensa lluvia, salió a buscarlo. Estaba en un precario cobertizo próximo a la cantina del puerto, cuando ésta ya llevaba varias horas cerrada.

Lo arrastró como pudo y luego de asearlo, lo metió en la cama, volando de fiebre y dominado por una fuerte agitación. Al día siguiente, todavía con rastros de las abundantes libaciones de la víspera, el francés manifestó que tenía que presentarle un proyecto muy importante.

Con la resaca a cuestas, hablando dificultosamente, le refirió una historia increíble.

-Sí –manifestó-, el día que tu padre murió acabábamos de descubrir al Real Felipe...

él y retirar los valiosísimos tesoros que encerraba en sus entrañas.

Bien temprano, entusiasmados, reanudaron la labor. En pocos minutos el joven buzo ubicó el navío avistado la tarde anterior y sufrió una gran decepción. Se trataba de un barco pirata, sin margen de error.

El francés manifestó que esas aguas habían sido el centro operativo de muchos de ellos, bastaba con recordar la ciudad de Panamá, incendiada por el corsario galés Henry John Morgan, en 1671.³

Tras un frugal almuerzo y reponer energías, descendió presuroso. La ubicación del barco encontrado les hacía suponer que el galeón estaba muy cerca; su naufragio se debió -de acuerdo a documentos fehacientes- a un combate naval con los

2) La ciudad de Panamá, destruida por Morgan, se reconstruyó a unos ocho Km. al oeste del emplazamiento primitivo. N/ A.

escudo monárquico, el nombre “Real Felipe”; sin duda era parte de la tan buscada nao española cargada de tesoros.

Esa noche la ansiedad los consumía, impidiéndoles pegar un ojo.

Apenas el sol proveyó la suficiente luz para trabajar, el muchacho prosiguió la labor con mayor ahínco; la presunta cercanía del objetivo le insuflaba una energía fuera de lo común. Estaba convencido de su proximidad, lo sentía en la sangre.

La jornada transcurrió lenta, sin contratiempos ni novedades. Al atardecer, casi a oscuras, creyó vislumbrar la sombra de una embarcación en el fondo de una hondonada, mas debió resignar sus ímpetus; entrañaba un enorme riesgo continuar sumergido, llevaba tiempo bajo el agua y la luz ya era insuficiente, al día siguiente vería de qué se trataba.

El francés sostenía, sin margen de duda, que el galeón los aguardaba, estaba a su disposición. Sólo faltaba llegar hasta

-¿Cómo... el Real Felipe? ¿El que hundieron los corsarios?

-El mismo. Al fin se confirmó la leyenda del galeón español hundido con valiosísimos tesoros en la época de la conquista.

El joven pensó, mirándolo fijo: “la fiebre le atrofió el cerebro”.

-Está al trasponer la isla de San José –prosiguió el viejo con la mirada encendida por la excitación-, pasando el archipiélago de Las Perlas, ahí, cerca, casi al alcance de la mano.

Rubén estaba seguro de que las facultades mentales de su amigo dejaban mucho que desear. No podía hablar así, sin pruebas, de un tema tan importante. Hacía años que buscaban al galeón, llegando a la conclusión de que no existía más que en la calenturienta imaginación de unos pocos. La leyenda estaba casi enterrada, nadie aportó el mínimo detalle convincente acerca de su existencia y la fantasmagórica embarcación

hundida por su propio capitán; que prefirió volar la santabárbara a caer en manos de los piratas; pasó a convertirse en una de las tantas historias cubiertas con un manto de misterio; sin llegar a establecerse dónde terminaba la realidad y comenzaba la fantasía.

-Por mí, si estuvo tantos años hundido, puede seguir allí, no me importan el galeón ni sus fabulosos tesoros.

-No -el francés se levantó de un salto-, esa es tu opinión, y yo pienso de una manera distinta; es la gran oportunidad de nuestras vidas, no se presentará una mejor. Nos conviene ir...

-Negativo de mi parte. No te acompañaré. Sabes perfectamente que si llegamos hasta ese tesoro no podremos ni echarle una ojeada. Apenas demos con él las autoridades se nos echarán encima.

-Olvidas que nadie sospecha, con mantener la boca cerrada... Mira, hace más de diez años que aguardo este momento, desde que tu pobre padre murió. Me atormentaba la

compresor, aparejos, grupo electrógeno y otros elementos fundamentales para las tareas previstas.

El compresor, por ejemplo, jugaba un papel sumamente importante en la inmersión. El traje de buceo debe ser comprimido o “inflado”. En las profundidades es necesario contrarrestar la presión ejercida por el agua; de otro modo el operario termina “aplastado” y muere en forma instantánea. La presurización del traje, por lo tanto, es imprescindible.

Así, con el equipo chequeado, pusieron todo su entusiasmo y energías en la búsqueda. El fondo del mar presentaba pequeños canales, si cabe el término; depresiones producidas por fuertes corrientes submarinas, que dificultan enormemente el desplazamiento y la visibilidad. Rubén, experto buceador, a pesar de los accidentes apuntados se movía con bastante rapidez.

Al tercer día miraban incrédulos un trozo de metal donde se apreciaba, bajo lo que originariamente debió ser el

abajo debía moverse casi en la penumbra, tal era el grado de atenuación de la luz en las profundidades.

Al día siguiente amaneció lloviendo en forma lenta, mansa, pero impidiendo proseguir los trabajos. Todo se volvía en su contra.

El temporal, como es común en la región, se mantuvo por varias jornadas y luego se fue tan repentinamente como llegara.

Recordó haber visto el día del accidente el “Atolón del Diablo”², tendió la mirada y... allí estaba. Volvió a observar con detenimiento la posición de las estrellas, sus cálculos eran exactos; el navío hundido estaba bajo ellos. Con tal certeza, reanudarían de inmediato la prospección.

La primera jornada fue de adaptación al medio, bastante hostil por cierto; y en la siguiente verificaron los equipos:

²) “Atolón del Diablo”. Punto referencial de los navegantes en esas latitudes. N/A.

idea de decírselo a alguien estando borracho. Por suerte no ocurrió.

-Será así, pero bórrame de tus planes. No me gusta el asunto.

-¿Qué... tienes miedo acaso?

-Bien sabes que no, me sobra valor, pero no me seduce la aventura –el francés dio una patada en el suelo, furioso-, además, sólo somos dos y para realizar el operativo de rescate, en caso de toparnos con el galeón, necesitaríamos varios hombres.

-Nos bastamos y sobramos, sé bien lo que digo. Mira, si no aceptas, tendrás que darme la parte que me corresponde de la sociedad, probaré por mi cuenta.

-¿Quién te ayudará? Tú no puedes sumergirte, ¡recuérdalo! –el viejo asintió con la cabeza.

-Buscaré personal, no te preocupes por mí, estaré bien y seré rico y respetado.

~ 14 ~
El bumerán

-Ya lo eres ahora, muy respetado y querido, ¿no te alcanza con eso?

-No, quiero tener dinero y poder, mucho poder, un poder inmenso...

-Medita lo que acabas de decir, no sea cosa que te arrepientas luego –un gesto perentorio del francés lo detuvo.

-Está todo pensado, demasiado pensado.

Transcurrieron unos días y como el francés no volviera a tocar el tema abrigaba la esperanza de que hubiese desistido del descabellado proyecto. Sin embargo, una mañana temprano retomó el asunto reclamando su parte del capital.

-Quiero partir en pocos días, haz los arreglos necesarios, con el dinero que me corresponde compraré una pequeña embarcación, no se necesita mucho para la tarea a realizar. Lo esencial es disponer de un aparejo, el equipo de buceo es secundario, hay poca profundidad. ¿No quieres participar de la expedición?, prefiero favorecerte a ti y no a un extraño. Siempre pensé que me estimabas, ahora tengo mis dudas...

Nemesio Martín Román

~ 19 ~
El bumerán

posición con el sol agonizante. Por la noche controlaron las coordenadas una y otra vez y concluyeron en que deberían estar cerca del sitio buscado.

Al querer desplazarse el barco no se movió; Rubén, ducho en esos menesteres, manifestó que seguramente se habría salido, o cortado el perno de la turbina, dejando sin propulsión a la nave. El perno encajaba y sostenía con firmeza la hélice en el eje del potente motor.

Desayunaron temprano y el muchacho, provisto del equipo liviano de buceo, revisó bajo la embarcación, corroborando sus presunciones. Efectivamente, faltaba el perno o chaveta y la nave no podría moverse hasta reponerlo. Aprontaron los elementos necesarios para comenzar las inspecciones preliminares en derredor. El mar lucía calmo, sereno por demás, invitando a jugar un rato, cosa que hizo el joven marino antes de sumergirse para estudiar las proximidades. Pese al sol que lucía en todo su esplendor; allí

Nemesio Martín Román

~ 18 ~
El bumerán

Al resultar infructuosos los rastreos, deciden dirigirse al sur, buscando la posición que el viejo marino estimaba tener cuando ocurrió el accidente.

Llevaban varios días fondeados en alta mar. Las aguas estaban muy agitadas y por tal motivo debieron posponer las operaciones, bajo esas circunstancias la inmersión era un suicidio. Los grandes predadores del mar merodeaban en procura de alimento y representaba un riesgo enorme sumergirse en aguas tan movidas, los tiburones que deambulaban por el sector eran asesinos en potencia a la espera de una presa propicia.

El domingo amaneció espléndido, salieron a cubierta y un sol radiante los saludó con un guiño; las condiciones meteorológicas parecían inmejorables.

Rubén Darío se sumergió y dedicó un tiempo prudencial a escudriñar los alrededores sin hallar el menor indicio del barco hundido. Ante este resultado izaron el ancla y se trasladaron hasta la altura del paralelo 7° 30', arribando a esa

~ 15 ~
El bumerán

-Iré, te acompañaré en esta locura.

El joven pensó que estando a su lado podría atenderlo mejor; no quería dejarlo al cuidado de terceros. Eso lo decidió a aceptar, más que la ambición por el dinero o la gloria del descubrimiento.

Sin pérdida de tiempo realizaron los preparativos: víveres, indumentaria, cables de acero, ganchos de gran solidez, lingas y cadenas... en fin, la parafernalia de elementos que las tareas imponían. Nada debía quedar librado a la suerte, controlaron los enseres una y mil veces. El francés parecía rejuvenecido, su apariencia sufrió un cambio notable. Presa de una intensa ansiedad, verificaba hasta los menores detalles.

-Todo dispuesto –dijo el viejo una tarde, mientras saboreaba un jugo de tomates, había dejado el alcohol como por ensalmo, al punto de no probar una gota en los últimos quince días.

“Es una buena señal, al menos para algo sirvió el proyecto, -pensó su socio”. Antes del amanecer partieron de

Garachiné con rumbo noroeste, contornearon la costa hasta salir del golfo de San Miguel, manteniéndose cerca de la orilla, en una navegación de cabotaje. Deseaban desorientar a los posibles curiosos y su desconfianza se vio justificada a pocas millas de partir.

Jerome, un viejo lobo de mar retirado al triturarle una pierna un tiburón tigre, comenzó a llamar en forma insistente en la frecuencia de emergencia, utilizada en casos extremos, en ella siempre había alguien dispuesto a prestar ayuda.

-¡Atento, el Caribe! ¡C. Q. - C. Q!¹ El Caribe. Llamando Jerome. ¡Cambio!

Ante la insistencia, respondieron, dándole un rumbo totalmente falso. Él, de buena fe, con su potente equipo de radio se encargaría de engañar a otros curiosos.

¹) C. Q.: Llamada general de radio. Pertenece al código "Q" de uso internacional entre radioaficionados para estaciones fijas y móviles: (terrestres, marítimas y aéreas) N/A.

Satisfecha la curiosidad ajena con datos falsos, viraron hasta el meridiano 78° 30' y luego, descendieron ubicándose en la intersección con el paralelo 8°; al suroeste de Puerto Escondido y a escasas 120 millas de esa importante ciudad portuaria.

Navegaban a media máquina, desplazándose sobre el paralelo según los cálculos efectuados. A la salida del sol estaban en el archipiélago de Las Perlas e internándose por el canal del Rey, a la altura de La Legua, uno de los tantos islotes menores, viraron levemente al oeste, casi rozando la costa de Pedro González, isla de mayor superficie, con una variada fauna y abundante vegetación.

Al salir del canal decidieron seguir al poniente hasta las inmediaciones de Otoque, en esa zona pasaron el día y al oscurecer echaron el ancla.

Durante las dos jornadas siguientes exploran las inmediaciones, aunque, de acuerdo al francés, se encuentran todavía muy al norte de la ubicación del galeón hundido.